

esfuerzo: ardiente al principio, el galo se cansaba muy pronto (1).

Hubo entre las dos razas prolongados combates. Los eskaldunac fueron expulsados de las orillas del Loira; ni aun pudieron hacer frente al ímpetu de los galos en las montañas del centro, y repasaron el Garona. Pero apoyados en los Pirineos hicieron una resistencia de que no pudieron triunfar los invasores. Dejando á los iberos los valles abruptos, de donde pasaron después á ocupar de nuevo la llanura hasta el Garona, salvaron los celtas la cadena pirenaica é inundaron á España hasta Cádiz; y hubo un tiempo en que la *Cilicia* cubrió el inmenso territorio que se extiende desde las playas del Atlántico hasta las bocas del Danubio.

Cuando se produjo la reacción de las tribus ibéricas, dos pueblos galos, los tectósagos y los arecómicos, se hicieron fuertes en las cuencas del Garona y del Aude: los primeros se acantonaron en Tolosa y los segundos en Nimes, que llegaron á ser grandes ciudades.

Celtas mezclados con germanos habían quedado á orillas del Rin, y á su vez pasaron el gran río y avanzaron á lo largo de la *mar brumosa* hasta la embocadura del Sena: eran los belgas que dominaron entre el Marne, el Rin y el océano germánico. De celta á belga no había ninguna diferencia esencial y se pasaba insensiblemente de uno de estos grupos de pueblos al otro; pero cuanto más se avanzaba hacia el Nordeste, tanto más se marcaba el carácter germánico y la barbarie. La masa de los belgas era en el fondo de la raza de los celtas y éstos sin ninguna duda son nuestros padres: todos, excepto un cinco por ciento, descendemos de los galos.

Dos pueblos de origen y civilización muy diferentes vinieron á mezclarse con la sangre gala algunas gotas de sangre extranjera, los fenicios y los griegos. Los audaces navegantes de Tiro y de Cartago que recorrieron tan temprano todas las costas del Mediterráneo, visitaron también las bocas del Ródano. Contentáronse al principio con algunos cambios que hacían buenamente con los indígenas; después obedeciendo al genio invasor que les hacía cubrir de colonias las costas del África, de Sicilia y de España, avanzaron tierra adentro. La historia legendaria de los trabajos del Hércules tío envuelve la historia verdadera de los viajes y fundaciones de la raza fenicia en Galia. El dios, decía la tradición, llegó de España á orillas del Ródano, donde tuvo que sostener un formidable combate. Se le habían acabado las flechas, y ya iba á sucumbir, cuando Júpiter hizo caer del cielo una lluvia de piedras que suministró al héroe nuevas armas.

Todavía pueden verse estas piedras que cubren la inmensa llanura de Crau, adonde el Durance las había traído de los Alpes. Cerca de estos lugares, hubo de fundar Hércules victorioso la ciudad de Nimes, y en el corazón de la Galia la de Alesia.

Así conquistado el valle del Ródano al comercio y á la civilización, siguió su camino el héroe hacia los Alpes, y los dioses lo contemplaron hendiendo las nubes y rompiendo la cima de los montes. Era el monte de Tende que Hér-

(1) Los antropólogos se inclinan á admitir que el tipo ario primitivo y por consiguiente el de los galos era una cabeza dolicocefala, caballos rubios y ojos azules. Nuestros galos castaños serían mestizos provenientes del cruzamiento con los antiguos pueblos de tez morena. De las excavaciones que en otro tiempo hice ejecutar en las grutas del Perigord salieron algunos esqueletos pertenecientes á una raza vigorosa. Entre ellos había el de una joven que herida en la frente por un puñal de sílice, había sobrevivido á su herida, como lo prueba el trabajo reparador de osificación que la misma naturaleza había comenzado.

cules entreabría y el camino de Italia á España que trazaba por encima de los abatidos Alpes. Así en las edades remotas, son dados los hombres á atribuir al invencible brazo de algún dios ó héroe los esfuerzos seculares de las generaciones.

La leyenda relativa al Hércules tío dice de ello demasiado cuando muestra á los fenicios fundadores de ciudades en el interior de la Galia; pero no dice bastante sobre las numerosas colonias de este pueblo á lo largo del litoral languedociano y provenzal, ni sobre las expediciones de aquellos audaces marinos al través de los tempestuosos mares de Occidente. Costeando á España y luego la Galia, arribaron á la isla de Albión y acaso á la península cimbria, adonde iban á buscar las perlas de ámbar, «lágrimas de las hijas del Sol llorando la muerte de su hermano Faetonte.»

Los fenicios habían precedido á los griegos en la dominación del Mediterráneo, pero fueron suplantados por ellos. Los rodios se establecieron en las bocas del Ródano, mientras las colonias ó factorías de los fenicios en el interior caían en manos de los indígenas. Hacia el año 600 llegaron los focenses, que fundaron la ciudad de Marsella. Los griegos hacían una graciosa historia sobre el origen de esta ciudad. El focense Euxenes, decían, arribó á la costa gálica á alguna distancia de la embocadura del Ródano, en los dominios de Nann, caudillo de los segobrigios, el cual acogió al extranjero y lo convidó al festín nupcial de su hija. La costumbre exigía que la doncella ofreciera una copa á uno de los huéspedes de su padre que eligiera ella por esposo. Al final del festín entró con la copa llena y giró en torno de la mesa, en que jóvenes jefes de rubia cabellera procuraban agrada-la y ser cada cual el preferido. Pero los ojos de la doncella se fijaron en el extranjero de ojos negros y de fisonomía inteligente y altiva. Aquella belleza del Mediodía que no conocía ella, sedujo á la hija del Norte, y sólo se detuvo delante del griego.

Nann aceptó la elección de su hija, y dió al focense como dote el golfo en que los recién venidos habían desembarcado. Euxenes echó allí los cimientos de Marsella. La historia viene de la Persia, según dicen, pero merecía repetirse por griegos y conservarse por nosotros.

La nueva ciudad creció rápidamente bajo la protección del caudillo de los segobrigios, y un día en que se había anunciado una gran fiesta, Comán hizo decir á los masalio-tas que quería honrar á sus dioses y envió á la ciudad carros cubiertos con follaje bajo el cual se ocultaban hombres armados: él mismo se acercó á las puertas de la ciudad y se apostó en emboscada. Una mujer había fundado la ciudad y otra mujer la salvó. En efecto, enamorada de un focense, la hija de un segobrigio, hubo de revelar la maquinación y sorprendidos los bárbaros pagaron con la vida su perfidia, incluso el mismo Comán.

Pero de aquí se originaron guerras continuas que hubieran acabado con las fuerzas de los marsellese, á no haber recibido un socorro inesperado: una horda inmensa descendía del Norte para pasar los Alpes, y su caudillo Bellovese tomó partido por Marsella y quebrantó de tal manera á los ligures que en mucho tiempo no pudieron ya inquietar á la ciudad focense.

Recibió además, en 542, numerosos refuerzos. Habiendo sometido Ciro y sus persas á los griegos del Asia Menor, los habitantes de la Focea, más bien que obedecerlo, abandonaron su ciudad y arrojaron al mar un hierro incandescente jurando no volver á la Focea hasta que aquel hierro, incandescente y todo, subiera de suyo á la superficie de las aguas; y muy luego se hicieron á la mar con rumbo á su alegre colonia de las Galias.

Marsella prosperó por la alianza de los romanos que exterminaron á todos los rivales de su comercio, y en gratitud les abrió la Galia; para protegerla formaron en ella los romanos su primera provincia.

Réstanos de aquellos remotos tiempos un monumento tan curioso como extraño, que no revela ciertamente las obras maestras que creaba ya la estatuaria griega. Es una piedra que se hubiera tomado por un simple guijarro, á no ser por la inscripción que lleva y hace de ella la representación del hijo de Venus (1). El primer ídolo que la Grecia elevara en el país de las piedras druídicas es un guijarro gastado por el oleaje. Como el niño que anima todo lo que toca y toma un tronco, un palo por un hombre, los pueblos de los primeros tiempos no necesitan que la forma corres-

ponda al pensamiento; ponen una idea en una piedra y ya tienen un dios.

## II. — LOS GALOS.

A menudo se traza de los galos una semblanza moral que hace de ellos una raza superior. Se les ha reconocido «valor, lealtad, fe religiosa y amor á la libertad, vivacidad de inteligencia, aptitud para las letras, aspiración á las ideas, á las cosas nuevas y prontitud para sentir lo pasado y á veces para desalentarse en una lucha malhadada.» Es una pintura encantadora, pero es dudoso que nuestros guerreros de mostachos leonados, de pasiones violentas y brutales se hubieran reconocido en el retrato. No hubiera sido prudente



La piedra de Antibes

fiarse en su lealtad á la ligera. Si es justo tenerlos por bravos y amigos de la independencia, estas cualidades se encuentran donde quiera. Los druidas tienen gran crédito entre ellos: ¿no han reinado nunca los sacerdotes en otras partes? Su afición á las ideas y cosas nuevas admira, porque vivieron mucho tiempo cerca de la civilización romana y griega sin tomar nada de ella, y los gálatas establecidos por espacio de seis siglos en medio del Asia Menor, permanecieron allí como verdaderos galos. Su aptitud para las letras, á causa de algunos retóricos, acaso de origen italiano, que la Galia envió á Roma, parece un elogio prematuro. ¿Qué se diría entonces de los españoles que hicieron época en la literatura latina dándole, entre otros, á Séneca, Lucano, Quintiliano y Marcial, y de las poblaciones africanas, de donde salieron Apuleyo, Tertuliano y San Agustín? El pesar por lo pasado es uno de los sentimientos de la naturaleza humana, una de las poesías del corazón, como el fácil desaliento después de la derrota uno de los rasgos habitua-

(1) Heuzey, t. XXXV de las *Memorias* de la Sociedad de los Anticuarios de Francia, 1874. Esta piedra encontrada cerca de Antibes, en 1866, y semejante á las que se adoraban en Asia, es el más antiguo monumento de la civilización griega en Galia. Heuzey la hace remontar al quinto siglo antes de nuestra era y traduce así la inscripción:

«Yo soy Terpón (nombre local de Eros ó del Amor) servidor de la augusta diosa Afrodita; Cipris (Venus Ciprea) recompense con sus favores á los que me han puesto aquí.»

Heuzey añade: Hacía mucho tiempo que los griegos no estaban reducidos á adorar piedras rústicas. Pero el apego persistente á las más primitivas formas del culto, á través de todos los progresos del arte, es por decirlo así, una ley de la historia de las religiones. Hasta después del tiempo de Pericles, el Amor de Praxiteles y el de Lisipo se colocaron al lado del grosero guijarro al cual se sacrificaba en el templo de Tespies. Y hasta el tiempo de Pausanias, es decir, en pleno imperio romano, no se pensó en consagrar, en el templo de Orcómeno, al lado de las tres piedras adoradas durante todo el período helénico, el grupo de las Gracias tal como lo había concebido la estatuaria griega. Todavía las creaciones no eran más que ofrendas, ornamentos de los santuarios que no disminuían en nada el prestigio religioso de las ideas verdaderas, fetiches informes consagrados por la tradición.

les de la vida bárbara. Por otra parte, no parece que la severancia hubiera faltado á los pueblos ni á los caudillos que sostuvieron la guerra de la independencia (2).

Dejemos estas fantasías y vamos á la verdad histórica. Nuestro patriotismo no está interesado en ocultar que nuestros ascendientes eran verdaderos bárbaros, muy bravos, muy batalladores, grandes exterminadores de hombres y muy dados, cuando podían, á los festines homéricos, en el fondo muy semejantes á los bárbaros de todos los tiempos, porque la barbarie se asemeja poco más ó menos en todas partes cuando son idénticas las condiciones geográficas (3); sino que los nuestros debieron á sus largos viajes, y más aún á su establecimiento en un país situado al extremo de la línea de las migraciones asiáticas, un carácter particular. Mirad el mar: á lo lejos la ola es larga y ondulante; en la playa adonde acaba produce una violenta resaca. Nuestros galos establecidos al extremo del continente y sin cesar removidos por nuevas ondas de pueblos, tuvieron que luchar mucho tiempo, lo que los hizo bravos, y á las veces se vieron en la necesidad de ceder sus tierras, lo que los obligó á buscar otras dándoles afición á las aventuras.

Diodoro de Sicilia, que escribía en Roma en tiempo de Augusto, representa á los galos como hombres de grande estatura, de tez blanca y cabellos rubios. Este retrato no es ya el nuestro, porque nuestra sangre está muy mezclada y las condiciones físicas de nuestro país y de nuestra existen-

(2) La cuestión de razas ha hecho en este siglo una brillante y peligrosa fortuna por medio de la ciencia, la política y la guerra. Bajo las diversas influencias de la geografía y de la historia y por la unión de elementos á menudo heterogéneos, hemos visto formarse y extenderse nacionalidades y tomar un carácter determinado, que se ha llamado exactamente el espíritu nacional. Pero confieso que no conozco esa fe misteriosa que inclinada sobre la cuna de las razas nacientes, las ha dotado de cualidades buenas ó malas, que han de conservar eternamente.

(3) Sir John Lubbock y Hartmann han encontrado las mismas costumbres poco más ó menos entre los salvajes de la Australia y los del África.

cia no son ya las mismas; pero convendría á los escandinavos y á buena parte de los alemanes. «Algunos, dice el mismo escritor, se rasuran la barba, otros se la dejan crecer, y los nobles llevan grandes mostachos. Comen acurrucados en pieles de lobo ó de perro, y al lado de ellos, en grandes hogares, hierven las calderas ó chillan buenos cuartos de res en sendos asadores. Se honra á los valientes ofreciéndoles las mejores tajadas, y se convida al festín á todo forastero que sobreviene, sin preguntarle quién es ni qué quiere hasta después de la comida. Entonces hay que hacer largas narraciones, porque los galos son curiosos de oír como de ver. Pero estos festines suelen ser sangrientos: las palabras hacen nacer rencillas, y como desprecian la vida, se retan á combates singulares.

»El aspecto de ellos es espantable: tienen la voz recia y ruda; hablan poco y se expresan por enigmas, afectando en su lenguaje dejar adivinar la mayor parte de las cosas.»

Nosotros no hemos conservado esa sobriedad de palabras; pero se encuentra entre los indios de América que creerían deshonrarse si hablaran de otra suerte.

Diodoro añade: «Emplean de buena voluntad la hipérbole para alabarse ellos mismos ó rebajar á los demás.» Es otro rasgo que conviene á muchos bárbaros y no á pocos civilizados.

Los antiguos tenían mucho miedo á los galos, que envolviendo por el Norte y el Oeste los países de civilización greco-latina, habían sembrado en ellos muchas veces el espanto y la muerte, y les atribuían furios pueriles, que parecían denotar un carácter indomable. «Raza violenta, decían, que hace la guerra á los hombres, á la naturaleza y á los dioses. Lanzan flechas contra el cielo cuando truena; toman las armas contra la tempestad; marchan espada en mano ante los ríos desbordados, ó del Océano irritado.»

Estrabón los llamará un pueblo franco y sencillo, en que cada cual siente las injusticias hechas á su vecino, y tan vivamente que todos se reúnen luego al punto para vengarlas. Es sin duda una disposición feliz, pero común á todas las tribus guerreras que establecieron la solidaridad de la sangre y del ultraje.

Los romanos, gente del Mediodía, no tenían más que la túnica, simple camisa de lana y la toga, que envolvía todo el cuerpo, dejando libres las articulaciones, y protegía contra el sol como los albornoces de los árabes. Con sus amplios pliegues y las mil maneras de llevarla, la toga es el traje de arte por excelencia.

Muy diferente era el vestido de los galos. Calzones ceñidos á las piernas, que llamaban ellos *braies*, por lo alto del cuerpo una tunicilla de diferentes colores, y por encima un sayo ó ancha faja de tela que recuerda el *plaid* escocés y debía prestar los mismos servicios; bien tupida en el invierno, ligera en el estío, iba prendida al hombro por un corchete, broche ó fibula. El sayo podía ser flotante, pero lo demás del traje, ajustado al cuerpo, era adecuado á los lugares: la toga romana se hubiera hecho pedazos desde el primer día en su tráfico, y además no hubiera defendido contra la humedad y el frío del clima. Sus *gallica*, ó calzado con suela de madera, valían igualmente más en un terreno fangoso que las sandalias hechas á propósito para el suelo enjuto y sólido de las grandes calzadas romanas (1).

Sus casas fueron al principio grutas naturales ó el *gurbi*

(1) Nosotros hemos conservado poco más ó menos el traje de los galos: nuestros pantalones son sus *braies*, nuestros chalecos sus túnicas. El sayo se ha transformado en el gabán de la gente acomodada, pero ha quedado la blusa de nuestros obreros y campesinos, que llevan aun el calzado galo, con su nombre mismo de *galoches*. Los galos habían buscado lo útil, porque el clima no les permitía usar lo bello.

de nuestras poblaciones argelinas, chozas redondas de ramas, cubiertas de tierra amasada con brozas, dejando un orificio en medio para el humo y cuyo interior solía profundizar en el suelo. Todavía se ven en muchos lugares estas excavaciones circulares, que el pueblo llama, sin desviarse mucho, madrigueras de lobos (2). Preferían para sus habitaciones la confluencia de los ríos, las islas, las penínsulas, cerca de una fuente, no lejos de un bosque; para lo cual no tenían necesidad de buscar mucho. Para mayor seguridad, cuando los primeros celtas se hallaban á las inmediaciones de un lago, construían sus cabañas sobre estacas en medio de las aguas (*palafitas*) y este uso hubo de conservarse mucho tiempo. Más tarde, cuando ya supieron hacer pozos, establecieron en parajes altos y fuertes puestos de refugio (*oppida*). Cada habitación estaba circuida de una robusta empalizada y muchos de estos cercos encerrados por otro más resistente formaban un villajo ó una ciudad.

Durante mucho tiempo, los primeros habitantes de la Galia no tuvieron otras armas que hachas de piedra ligadas con correas á mangos de palo, cuchillos y puntas de flecha de sílice (3). En un hipogeo, cerca de Crecy (Sena y Marne), se ha encontrado un hacha formada con un fragmento de jade encajado en un cuerno de ciervo y una lámina de sílice en una costilla de buey. Cerca de Perigueux se ha descubierto una especie de manufactura de armas de piedra, donde en medio de muchos despojos, se ven hachas tiradas en deshecho y otras que habían sido recortadas. Estas especies de talleres existen en varios otros lugares: en uno de ellos, descubierto en Saint Acheul, cerca de Amiens, estos testimonios de la industria humana están mezclados con osamentas fósiles de mastodontes, y datan por consiguiente de los tiempos más antiguos.

Las armas de bronce, aleación de cobre y estaño, las de hierro más difíciles de fabricar (4) son de una edad posterior y pertenecieron al principio á las tribus de la Galia oriental más inmediatas al Norte de Italia, donde la metalurgia era bien conocida.

Hay que tocar con respeto estas armas informes: es la primera victoria del ingenio y una conquista más preciosa entonces que todas las maravillas de la ciencia moderna. Nadie podría decir cuánto tiempo é inteligencia hubo de invertirse para llegar á cortar el sílice, después para pulirlo en la muela ó con el pulidor, para descubrir el cobre, su fusibilidad, su aleación con el estaño, para hacer los moldes en que el metal fundido corriera. ¡De qué poder no se encontró armado el primero que tuvo en sus manos un hacha de metal! Desde aquel día no fué ya el hombre el ser heredado de la creación. Cesó de envidiar la rapidez del ave y la fuerza del oso, porque su flecha alcanzaba al gavián y su hacha derribaba á la fiera.

(2) No todos los subterráneos de nuestras provincias datan de la invasión franca y normanda ó de la guerra de los Cien años. Muchos se comenzaron por los galos, como prueba la historia de Sabino.

(3) He encontrado una de estas puntas de flecha en la arena del Sena, en Villeneuve-Saint-Georges, en el lugar en que había caído hace tres ó cuatro mil años, con el hombre acaso cuyo pecho hiriera, porque sus aristas estaban tan afiladas como el primer día: una capa calcárea que se había formado al rededor de ella, la había protegido. Puede reconocerse aun en este espécimen el modo de fabricación, que es un verdadero trabajo de lapidario: el obrero había llegado á dar al sílice la pureza de forma que hubiera tenido el hierro, quitando á la piedra escamas microscópicas con otro cuerpo duro. Esta flecha podría servir hoy y hacer como en otro tiempo heridas mortales.

(4) Trabajándose el hierro á martillo, no se prestaba como el bronce fundido á tomar todas las formas del molde. De aquí su rareza en las palafitas y en los túmulos, donde por otra parte la facilidad de oxidación debió destruir muchos objetos de hierro, mientras el bronce es casi indestructible.

Hay una famosa balada de Schiller, la del audaz buzo que va á buscar al fondo del mugiente abismo del mar la copa de oro que el rey había arrojado. El corazón le tiembla, á pesar de su valor, cuando se ve solo bajo las inmensas ondas y entre los monstruos que lo rodean y amenazan. Así estuvo, durante mucho tiempo, desarmada la humanidad en medio de las fieras devoradoras, hasta que pudo conquistar la copa de oro, que encerraba las primeras artes, y su inteligencia comenzó su gran combate contra la fuerza.

En las regiones escandinavas han podido dividir los arqueólogos la civilización prehistórica en tres períodos, el de la piedra, el del bronce y el del hierro. La sucesión no fué tan regular en la Galia, donde el bronce y el hierro hubieron de aparecer casi al mismo tiempo, pero en cantidad diferente, suministrando más objetos el primero que el segundo de estos metales. Su presencia no señala una evolución espontánea de la civilización céltica, porque estos metales llegaron á la Galia por la vía de los cambios y dieron á las poblaciones del Este, que los recibieron primero, la fuerza de rechazar al Oeste á los representantes peor armados de la edad de los dólmenes y de la piedra pulida.

Por lo demás, esta vieja historia de la Galia está hecha aun sobre hipótesis, y no conocemos bien más que el último estado de aquellos pueblos, el estado en que César los encontró.

El conquistador romano observaba á la vez que combatía, y sus *Comentarios*, escritos con estilo neto y rápido, suministran preciosos datos sobre los usos y costumbres de la Galia: nadie conoció mejor á los galos que el mismo que los domó.

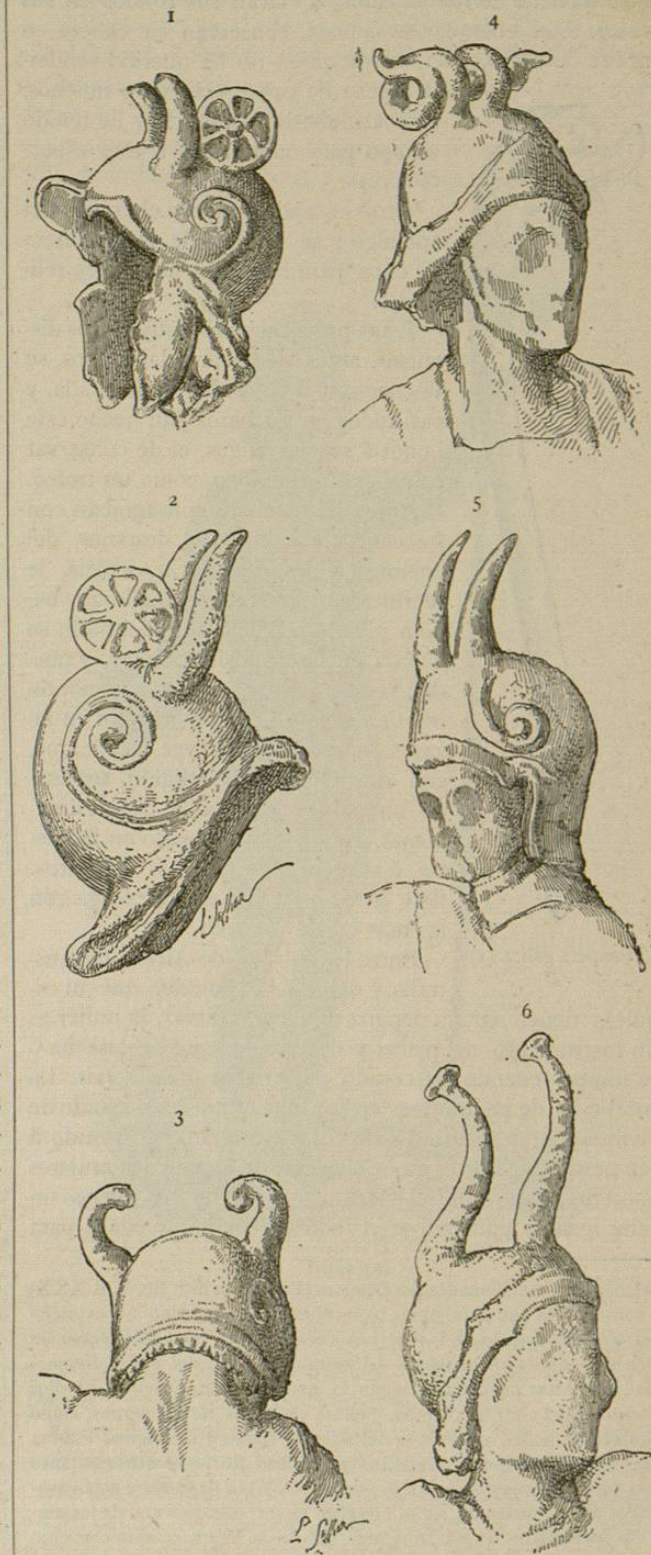
Otro escritor, contemporáneo de Augusto, parece también muy enterado de sus usos. «Los unos, dice Diodoro, llevan corazas de mallas de hierro; los otros combaten desnudos. En lugar de espadas llevan grandes sables suspendidos al lado derecho con cadenas de hierro ó de bronce. Algunos se ciñen la túnica con cinturones de oro ó de plata. Se sirven también de picas, cuyo hierro ó cuchilla tiene un codo de largo y cerca de dos palmos de ancho, y sus espadas no son menores que el venablo de otros pueblos, y las *saunies*, venablos más pesados que arrojan, tienen puntas más largas que sus espadas, siendo unas rectas y otras corvas; de modo que no sólo cortan, sino que desgarran también las carnes; cuanto más que al sacar el arma se agranda la herida.»

Sus escudos estaban trabajados con mucho arte y á las veces adornados con figuras de bronce en relieve, y sus cascos de bronce igualmente, iban coronados de formas raras, ya de aves, ya de cuadrúpedos, ó bien sólo de cuernos que al parecer tenían entre ellos una significación religiosa, lo mismo que el *torques* ó collar. Los brazaletes eran también adornos indispensables que en la edad de piedra se hacían de conchas marinas y después de metal más ó menos precioso (1). El guerrero de las pampas de América y el de las islas oceánicas se adornan la cabeza con plumas de brillantes colores ó con otros extravagantes adornos: en la edad bárbara, tiene el hombre la vanidad de la mujer, queriendo parecer bello á la vez que fuerte y bravo.

«En los viajes y en las batallas, los más ricos se sirven de carros de dos caballos que llevan un conductor y un guerrero. Primero arrojan desde el carro la *saunie*, y luego echan pie á tierra para acometer al enemigo con la espada. Algunos desprecian la muerte hasta el punto de entrar en

(1) Estos collares y brazaletes tenían probablemente un carácter hierático ó social; los caudillos los llevaban de oro; los hombres libres, de bronce. En el museo de San German hay más de 150.

combate sin más arma defensiva que un cinturón alrededor del cuerpo. Suelen llevar consigo sirvientes de condición libre y los emplean, ya como conductores, ya como

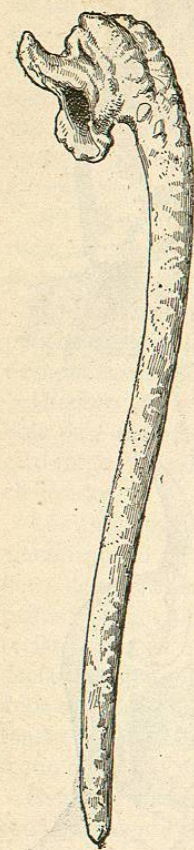


Cascos galos y galo-romanos (2)

guardias. Antes de que la trompeta dé la señal de ataque, suelen salir de filas y provocar á los más bravos de sus enemigos á combate singular, blandiendo sus armas para es-

(2) 1 y 2. Cascos de cuernos sin rodaja. (Arco de Orange) (Museo de San Germán). 3. Casco de cuernos sin rodaja (Museo de San Germán). 4, 5 y 6. Cascos de cuernos, del sepulcro de los Julios, en Saint Remy. (Museo de San Germán, salas b y c.) Estos adornos de los

panzar. Si alguno acepta el reto, cantan las proezas de sus mayores, alaban sus propias virtudes é insultan á sus adversarios. Cortan la cabeza á sus enemigos caídos, la cuelgan al cuello de sus caballos, y clavan sus trofeos en sus casas. Si el enemigo es famoso, conservan su cabeza en aceite de cedro, y ha habido quien no ha querido venderla á peso de oro.» «He visto muchos, dice el filósofo Posidonio, y he tenido tiempo para habituarme á este espectáculo.»



Trompeta gálica (1)

Otros encajaban en oro el cráneo del enemigo y se servían de él á manera de copa para hacer las libaciones religiosas. Estas provocaciones, estos largos discursos, antes de venir á las manos, se encuentran á menudo en la Iliada, y casi todos los bárbaros han hecho este honor á sus enemigos, el de conservar su cabeza ó su cráneo, como un trofeo. Antes del combate consagraban con frecuencia á Heso los despojos del enemigo, y después de la victoria, le sacrificaban el resto del ganado que habían pillado. «El sobrante del botín se guarda en un depósito público, y pueden verse en muchas ciudades, montones de despojos, que se guardan en lugares sagrados. Rara vez sucede que, con desprecio de la religión, sea osado un galo á apropiarse clandestinamente, lo que se ha ganado en la guerra, ó sustraer algo de estos depósitos. Este latrocinio sacrilego se castiga con las más crueles penas.»

Entre los salvajes de Africa, de Australia y del nuevo mundo, que ni siquiera tienen en su lengua la palabra *amar*, la mujer es un instrumento de placer y de trabajo, que se desecha ó se rompe, cuando ha cesado de agrandar ó de servir. La condición de las mujeres en la Galia anuncia un estado de civilización ya avanzado: de cosas que eran, han venido á ser personas. Libres en la elección de esposo, las mujeres aportaban una dote; el marido tomaba de sus bienes un valor igual, y poniéndose el todo en común, quedaba para

(1) Museo de San Germán.

el sobreviviente con los frutos ó rendimientos que había dado.

Pero el hombre tenía sobre su mujer y sobre sus hijos derecho de vida y muerte, y el hijo no podía acercarse á su padre en público antes de haber llegado á la edad de tomar las armas. En la Galia oriental, se atribuía al Rin la cualidad de atestiguar la castidad del matrimonio. «Cuando el marido, dice Juliano, tenía duda sobre el nacimiento de un hijo, exponía al recién nacido en el río, que vengaba seguramente los ultrajes hechos á la fe conyugal. El hijo ilegítimo era muy luego sorbido por las aguas, mientras mecían suavemente y devolvían á la afligida madre el fruto de una casta unión.»

«Cuando muere un padre de familia de casa principal, reúnen sus deudos, y si tienen sospechas sobre su muerte se pone en tormento á las mujeres; si se prueba el crimen, se las condena á la hoguera ó á otros crueles suplicios. Fuera de esto, los funerales son magníficos. Todo lo que se cree haber sido caro en vida al difunto se arroja con él á la hoguera, hasta los animales.» Poco tiempo antes de la expedición de César, se quemaban con el muerto los esclavos y clientes que había estimado más. Con frecuencia, ponían los parientes en la hoguera cartas dirigidas á sus allegados en la creencia de que sus muertos podían leerlas, y amontonaban piedras sobre sus sepulcros.

Parece ser que una parte del territorio de cada pueblo, los pastos, las aguas, los bosques eran de propiedad colectiva: la misma tribu era como una reunión de *clanes* (2). Dos clases se encontraban allí: los nobles y los hombres libres. Los primeros no formaban una casta cerrada: tenían ilustración, riqueza, tierras, y alrededor de cada uno de ellos, se agrupaba una multitud de esclavos y clientes, que vivían hereditariamente en la casa ó en el dominio del jefe. César los llama *equites*, los caballeros, y esta caballería fué muy estimada en las legiones del imperio. Pero sus filas se abrían al valor, y quien era digno de ocupar puesto entre los primeros de la ciudad, podía aspirar á ello.

«Cuando sobreviene alguna guerra, lo que sucede casi todos los años, todos los nobles toman las armas y proporcionan con esplendor de su casa el número de esclavos y clientes de que se rodean.» Algunos de estos clientes se consagraban á sus patronos ó jefes por vida y por muerte. Entre los aquitanos se llamaban estos leales *soldures*. «Estos *soldures* gozan todos los bienes de la vida con aquellos á quienes se han consagrado por un pacto de amistad. Si el jefe muere, no quieren ellos sobrevivir y se dan muerte. No hay ejemplo en la memoria de los hombres de que uno de estos consagrados á un jefe por pacto de amistad haya dejado de seguirlo en la muerte.»

Pero esta costumbre de la clientela tenía también sus inconvenientes: el jefe debía defender á sus clientes y vengar la sinrazón que se les hiciera; de donde resultaba que cada una de estas asociaciones formaba como un Estado dentro del Estado, en daño de la ciudad agitada siempre de contiendas y turbulencias.

Hemos visto la clientela en Roma, clientela que existió casi en todas partes, porque es la primera de las formas sociales: el débil apoyándose en el fuerte. Pero la disciplina romana puso la ciudad por encima del *clan*, el ciudadano por encima del individuo, y por eso vino á ser tan fuerte

(2) Creo, sin embargo, que se va demasiado lejos asimilando completamente la clientela gálica al sistema de los *clanes* de Escocia. Todos los miembros de éstos pretendían descender de un tronco común; en aquella había muchos elementos extraños al parentesco de consanguinidad. Así, Dumnorix reclutaba diariamente con sus liberalidades nuevos clientes (César, *B. G.*, I, 18).

Roma, mientras la Galia, que sólo imperfectamente conoció esta disciplina de la ciudad, permaneció necesariamente débil.

Los caballeros y sus clientes no dejaban á los hombres libres más que un puesto muy humilde, *plebs pene servo habetur*. Sin embargo el número de estos era una fuerza, y utilizada por un ambicioso cambiará más de una vez la constitución del Estado.

Los ancianos formaban el consejo de la ciudad, donde ciertos pueblos no permitían sentarse á dos miembros de la misma familia: por encima de ellos estaba el rey ó un caudillo ó jefe temporal, aun por un año. Algunas palabras de los *Comentarios* pudieran dar á entender que en extraordinarias circunstancias se reunía un consejo general de toda la Galia. El estado de división del país no permite suponer más que asambleas de pueblos confederados; con todo eso, la idea de una representación de la Galia estaba en todos los ánimos, á lo menos en tiempo de César, y respondía á un sentimiento oscuro de la unidad nacional. «La nación, dicen los antiguos documentos gálicos, está por derecho primordial por encima del jefe;» pero este pensamiento es más romano que gálico.

En las asambleas se tomaban precauciones contra las decisiones precipitadas, á las cuales hubieran podido dar motivo ú ocasión algunos rumores populares. «En los cantones, dice César, en los cantones que pasan por mejor administrados, es una ley sagrada que quien llega á adquirir una noticia de interés para la ciudad está en el deber de informar de ella sin demora al magistrado, sin comunicarla á nadie más, habiendo enseñado la experiencia que á menudo los hombres imprudentes y sin luces se espantan de falsos rumores, toman partidos extremos y aun se dejan llevar al crimen. Los magistrados ocultan lo que creen conveniente y no revelan á la multitud sino lo que estiman que debe saber. A la asamblea sólo se va á debatir los negocios públicos.»

Para mantener el orden en ella, hubieron de establecer los galos un uso singular. Si alguno interrumpía al orador ó quería hablar fuera de turno, se le cortaba un paño de la capa. En las asambleas de guerra había otros usos no menos singulares: aquel cuya gordura no podía contenerse en un cinturón reservado para este uso, era condenado á pagar una multa, y el que por su desgracia era el último que llegaba á una función de armas, pagaba su tardanza con la vida. Los romanos tenían una costumbre análoga: en la revista de los caballeros, el que tenía demasiada corpulencia era privado de su caballo por el censor y relegado á una clase inferior (1); y el ciudadano que no respondía al llamarlo por su nombre para el servicio militar era vendido.

### III. — LOS DRUIDAS.

Los galos adoraron al principio el trueno, los astros, el océano, los ríos, los lagos, el viento, los bosques, las montañas y las corpulentas encinas, es decir las fuerzas de la naturaleza; creencias que en todas partes formaron el fondo del politeísmo primitivo. Poco á poco se fueron personificando los fenómenos: *Kirk* representó el viento impetuoso del valle del Ródano, el mistral ó mastral, que los provenzales suelen llamar aun con su propio nombre galo *Cers*; *Taran* fué el espíritu del trueno; *Bel*, el dios del sol; *Pennin*, el genio de los Alpes; *Arduin*, el del inmenso bosque de las Ardenas, etc.

(1) *Nimis pingui homini et corpulento* (Aul. Gel. VII, 22). Lo mismo le sucedía al que presentaba un caballo mal cuidado.

Más tarde todavía, adoraron los galos las fuerzas morales y dioses superiores: Heso ó Hemo, la causa primera «que siempre rebrota;» Teutates, el ordenador del mundo, «el padre del pueblo;» *Mercurio*, el inventor de las artes y el conductor de las almas, cuyo nombre galo ha desaparecido; *Camul*, el fiero y cruel genio de la guerra, «el señor de los valientes;» *Borvo*, el dios de la salud, «el dios que cura (2);» *Ogmio*, el dios de la poesía y de la elocuencia, á quien se representaba con cadenas de oro y ámbar saliéndole de la boca para atraer á los oyentes; la diosa *Epona*,



Tarán (3)

protectora de los caballos y de los jinetes, muy numerosos en la Galia; las diosas madres, abuelas de las *Buenas Damas* y de las Hadas de la edad media, etc.

El druida, ministro de estas divinidades, era á la vez el intérprete de la voluntad del cielo y de los secretos de la tierra: era sacerdote y hechicero; se engañaba á sí mismo y á los demás. Es el estado de las religiones y de los sacerdotes, en todas las épocas bárbaras. Como no hay todavía ciencia que explique los fenómenos, todos los que se producen tienen un carácter sobrenatural, de que sólo el sacerdote da razón y que sólo él puede conjurar. De aquí su poder, que todavía fortalece y consolida más y más con un

(2) Los romanos lo asimilaron á Apolo, y era muy honrado en las estaciones termales, conservando su nombre tres de ellas. También lo dió á una de las ramas de la casa de los Capetos, á los Borbones.

(3) Gaidoz, *Religión gal.* p. I. La maza que tiene en la mano el dios Tarán es un símbolo del rayo.